

Paulino, Obispo de Nola, sobre el cuidado que se debe tener de los muertos. Dice así: „en el libro de los Macabeos (que menciona como canónico) hay ofrecimientos hechos por los muertos; y cuando no lo leyéramos en pasage alguno de las divinas Escrituras, no es poca autoridad la de toda la Iglesia que sigue este uso. Se puede aliviar á los difuntos con el santo sacrificio, con oraciones ú otros sufragios. Sin embargo, estos socorros no sirven sino á los que murieron en estado capáz de percibir tales utilidades, y no generalmente á todos aquellos por quienes se ofrecen; mas como nosotros no distinguimos los unos de los otros, es necesario ofrecerlos por todos los fieles; porque mejor es que sean de ninguna utilidad á los que no puedan servirse de ellos, puesto que no les pueden perjudicar, que falten á los que los esperan y recibirán alivio con ellos. En una palabra, cuide cada uno de sus prógimos de un modo singular, para ser tratado como él hubiese tratado á sus hermanos.”

47. Habiendo por último conseguido Agustin ver toda la obra escrita contra él por Juliano, no se contentó con los extractos truncados y bastante defectuosos que el conde Valerio le habia enviado, y á los que habia respondido ya el santo Doctor. Comenzaba Juliano á triunfar, y daba gritos por todas partes de que se habia usado contra ellos de impostura. Dedicóse, pues, Agustin á hacer una entera y sólida refutacion en seis libros, que testifica haber trabajado con un esmero extraordinario. Rebate en los primeros los principios de su adversario generalmente

por la autoridad de los Doctores católicos: en los otros cuatro combate por grados los cuatro libros de Juliano. Todo extracto que se haga de esta obra no podrá menos de quitarla su vigor y fuerza; y así la idea que podremos dar de ella mucho mas conveniente, aunque general, es asegurar con los mejores críticos, que es la mas sublime de las numerosas obras de este Padre contra los hereges, de quienes fue principalmente azote. Quería Juliano tener de su parte á los Orientales; y demuestra Agustin la conformidad de la doctrina de los Católicos con la de los Padres de todos los tiempos y de todos los climas: luego le hace ver, que acusando á sus enemigos de maniqueismo, deshonra tanto á los Santos Ireneo, Cipriano, Hilario y Ambrosio, como á los mas famosos Doctores Griegos San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. Cítale entre las autoridades mas célebres, la de dos escritores, cuyas obras no tenemos ni existen, á saber, Reticio, Obispo de Autun, y un Obispo Español llamado Olimpio.

48. Justificaron los Orientales al momento el testimonio que se acababa de dar de ellos; pues habiéndose quejado á estos los Pelagianos de la que llamaban persecucion de los Occidentales, en particular de la dureza é injusticia que fingian hallar en negárseles un Concilio general, no encontraron mejor composicion que con sus primeros jueces (1). Opúsoles Ático, Patriarca de Constantinopla, á quien enviaron algunos emisarios, la antigua creencia de la Iglesia, y procu-

(1) *S. Prosp. Carm. 2.*

ró alejar de su rebaño á estos contagiosos heréges. No fueron mejor recibidos en Éfeso, en donde Celestio habia permanecido en otro tiempo, y adquirió algunos conocimientos con diversas personas. No serían estas tentativas sino para mostrar y prevenir los intentos dañosos de una secta inquieta y turbulenta. Delatado Pelagio en persona en un Concilio presidido por Teódoto de Antioquía, fue condenado como herege, y después arrojado de los santos lugares; de lo que dió al Papa aviso Prailo, Obispo de Jerusalem, de acuerdo con el Patriarca de Antioquía (1). Después de este suceso ocurrido en 421, no se vuelve á hablar mas de Pelagio: era ya muy viejo, y verosímilmente no sobrevivió mucho tiempo. Uno de los emisarios enviados á Oriente fue Juliano de Eclana: luego que recorrió diferentes provincias con sus compañeros, pasó á Cilicia á ver á Teodoro de Mopsuestia, al que respetaba con justicia como á maestro suyo, y que dudaba algo sobre las verdades fundamentales del cristianismo, como veremos después. Con todo, por una contradicción singular, pero que no debe admirar en unos hombres que son tan inconsecuentes en los principios de la probidad como en los de la fe, luego que Juliano salió de Cilicia, hubo allí un Concilio en el que Teodoro condenó el pelagianismo, y anatematizó á Juliano.

49. Admirábase entonces en el Oriente la virtud extraordinaria de San Simeon Estilita, cuyos primeros pasos en los caminos de la santidad ya pasaron

(1) *Merc. Comment. ann. 429.*

á los mas perfectos: tanto le previno la gracia que en este hombre prodigioso fue superior al orden general. De un niño despreciado y casi salvaje, de una rusticidad é ignorancia extrema hasta los trece años en que dejó la guarda de sus rebaños, pasó á ser un santo y sublime asceta, tan ansioso del alimento espiritual, como indiferente al del cuerpo. Un solo dia de la semana comia, y con gran dolor, lo que no podia negar á su cuerpo sin ser homicida de sí mismo. Eran para él las maceraciones acostumbradas como ejercicios de regalo: extraordinario en todo, hizo su celda en un pozo inficionado, su cilicio de una cuerda que le ceñía y oprimía de tal modo que se le entró en la carne, de manera que hizo de la mayor parte de su cuerpo una horrible llaga. Esto no fue mas que un preludio de su larga y milagrosa penitencia, mas admirable sin duda que imitable, y cuyo espectáculo dió el Todopoderoso al mundo para aterrar la flojedad, y mostrar hasta qué punto puede elevar la fuerza de su gracia á la flaqueza humana.

No tuvo por espacio de cuarenta y ocho años, es decir, hasta la decrepitud y la muerte, otra morada que una columna, en la que sin cesar padecía el calor vivísimo de la Siria, ó el frio agudo de sus noches húmedas, y las lluvias, vientos y yelos, en extremo rigurosos en aquellas provincias en ciertas estaciones. Formósele una úlcera en un muslo, de la cual corrían por la columna los gusanos y la podredumbre; pero nada pudo separarle de su resolución. Al mismo tiempo que daba la salud á una multitud

innumerable de pacientes que de todas partes le llevaban, lejos de pedir á Dios su propia cura, se tenia por tan feliz y dichoso en sufrir sin cesar, que volvía á la llaga los insectos que le devoraban vivo. No obstante, vivió sesenta y nueve años; prodigio increíble como todos los de su vida, si no hubiera pasado á vista de todo el mundo, por decirlo así, en un tiempo y lugares conocidos, cerca de un monasterio numeroso que estaba á quince leguas lo mas de Antioquía. Pareció tan singular y extraordinario este espectáculo, y duró tanto tiempo, que de los lugares mas lejanos acudieron para experimentar con su humildad el espíritu que le conducia por sendas tan desconocidas. Enviáronle á decir los Padres del desierto que bajase de su columna, lo que creyó al momento debía hacer bajando de ella. Visitáronle tambien los Emperadores con admiracion, y le consultaron sobre los objetos mas importantes al estado y á la Iglesia (1). Además del testimonio de los fieles, los sarracenos y otros infieles que acudian todos los dias á su columna, y que le veían obrar en ellos un número infinito de curas milagrosas, dieron á estos prodigios una celebridad que se transmitió de edad en edad hasta los últimos siglos. Teodoreto que le habia visto y hablado muchas veces durante su larga y maravillosa vida, cuyo epítome escribió entonces, pone por testigos de lo que dice á todas las personas de su tiempo (2): precavia sin embargo la dificultad que tendrían los venideros en creer estos hechos mucho mas

(1) *Evagr. l. 2. hist. c. 10. et 13.* (2) *Theodor. Philot. pag. 883.*

verdaderos que verosímiles. „Estas cosas, continúa, son tan superiores á la humanidad, que mi relacion comprobada, por decirlo así, por todos los hombres vivos, tendrá luego el carácter de una fábula á los ojos de los que no conocen las cosas divinas, y miden todo lo que oyen por las fuerzas de la naturaleza.”

50. No es menos maravillosa la historia de Santa María Egipciaca, ni menos cierta que la de San Simeon (1). Despues que esta pecadora predestinada se abandonó durante diez y siete años á las fogosas pasiones de la juventud, con un furor poco comun hasta en las personas mas perdidas, el brazo misericordioso del Señor la sacó como á pesar de ella del abismo de iniquidades en que se precipitaba cada dia mas. Pasó de la ciudad de Alejandría, teatro ordinario de sus vergonzosas disoluciones, á la ciudad santa de Jerusalem con el intento de seducir hasta la piedad de los peregrinos, y satisfacer toda la viveza de sus pasiones entre los estrangeros, que atraía sin número la solemnidad próxima de la exaltacion de la Cruz. Viendo pues el dia de la fiesta que todos acudian al lugar santo, quiso entrar con ellos; pero invisiblemente se sintió rechazar desde el momento en que veía la Iglesia. Llegó no obstante hasta la puerta con un trabajo y esfuerzos prodigiosos; y no pudiendo entonces dar un paso adelante por mas que se esforzaba, se retiró á un rincon del perístilo ó pórtico de columnas mientras que todos entraban libremente.

Crejó que su depravada vida causaba la indigna-

(1) *Bolland. 2. April.*

cion del Señor, quien impedia su entrada al lugar santo. Hecha entonces un mar de lágrimas, y despidiendo amargos suspiros, se arrepintió de sus delitos pasados y de la impureza de sus últimos intentos, prometiendo que luego que tuviese el consuelo de adorar el leño sagrado en donde el cordero sin mancha derramó su sangre para lavar y purificar nuestras culpas, renunciaria todos los deleites y delicias del siglo, sepultándose en algun espantoso desierto que el cielo tuviese á bien señalarla. Pudo sin dificultad alguna, acabada esta súplica, entrar en la Iglesia, en donde adoró la Cruz; y despues cumpliendo su promesa, se retiró á los desiertos situados al oriente del Jordan, adonde no llevó sino tres panes. Pasó cuarenta y siete años en esta vastísima soledad, desconocida del mundo, hasta que en esta época por disposicion del cielo la halló un solitario de la Palestina llamado Zósimo, consumado en la virtud y favorecido con los dones del Altísimo tan copiosa y singularmente, que la piedad divina le presentó este prodigio de santidad y penitencia para curarle de una tentacion de vanidad. Representábale su imaginacion ó el espíritu maligno, que nadie le escedia ni en la ciencia ni en la práctica de la salud, cuando se presentó á él un hombre que le dijo fuese á un monasterio que estaba á las orillas del Jordan. Zósimo obedeció, dejó la comunidad en donde habia sido educado desde su infancia y vivido cincuenta y tres años, y se trasladó al lugar que se le habia dicho. Este monasterio no era en donde debia encontrar el objeto tan capáz de

humillarle; mas acostumbrándose allí á pasar el Jordan y recogerse en su desierto durante la Cuaresma, para disponerse á celebrar la Pascua con el mas profundo recogimiento, siguió Zósimo esta santa práctica, y aun se internó mucho mas que otros hermanos en aquellas vastas soledades, ocupado siempre con el pensamiento de hallar algun solitario mas perfecto. Habiendo caminado cerca de veinte dias, á tiempo que hacia la oracion de sesta, vió á cierta distancia sobre la derecha una figura humana tan negra y tan flaca que semejaba en un todo á una sombra. Súbitamente quedó asustado, juzgando que era una ilusion del demonio; pero habiéndose fortalecido con la señal de la cruz, acabó con tranquilidad su oracion; y despues volviendo los ojos hácia el objeto de su terror, vió una persona que le parecia estar desnuda, y que corria con ligereza hácia el Occidente. Era la penitente Egipciaca, cuyo cuerpo habia destruido de todo punto el rigor del sol, escepto los cabellos que eran de una blancura extraordinaria, los que semejantes á una madeja de algodón la cubrian la cabeza. Lleno Zósimo de alegría, corrió hácia la Santa, creyendo que era hombre; pero huyó la Santa con una velocidad extrema hácia lo interior del desierto.

51. No pudiendo Zósimo alcanzarla, comenzó á gritar llorando y dando gritos: „siervo de Dios, ¿decia, ¿por qué huyes de un pobre viejo que solo aspira á imitaros y á recibir vuestra bendicion? Abad Zósimo, respondió, soy muger, y estoy en tal desnudéz que no me permite presentarme á tus ojos.

Cúbreme con tu manto, si quieres que me detenga.” Zósimo admirado de que le llamasen por su nombre, la dejó su propio manto. Habian llegado en su huida á un pantano profundo, á donde bajó María, pero habiendo subido por el lado opuesto, se sentó cubierta con el manto. Hizo alto Zósimo sobre el borde donde se hallaba, y la rogó que le dijese quién era, de dónde habia venido, y desde qué tiempo y con qué motivo tenia una vida tan extraordinaria. „Por último, la dijo, nada me encubras de todos los prodigios que en tu penitencia glorifican al Altísimo. No tengas mas tiempo la luz oculta, ni el temor de la vanidad te haga encubrir tantos motivos de edificacion en un silencio infructuoso. Pongo por testigo á Dios á quien ambos servimos, y por quien existimos, que en el estado de vejez y enfermedad en que me hallo, no es posible que se me haya conducido á lo interior de estos desiertos, sino con el designio de manifestarme el Señor por este medio lo que hicisteis por su gloria.”

„¡Qué lejos estoy de temer el orgullo y la ostentacion, dijo suspirando la penitente! ¡O cuántos mas motivos tengo para temblar que te llenes de horror, dándome yo á conocer! Tus oidos no podrán escuchar los enormes escesos de que debo acusarme; y si presento á tus ojos el cuadro horrible de mis iniquidades, huirás de los ecos de mi voz como del hábito mortal de un mónstruo venenoso. Te lo diré no obstante todo con tanto candor como confusion: pero intercede por la suerte eterna de esta miserable pe-

cadora, y nunca dejes de pedir al Señor que me juzgue en su misericordia.”

Contóle despues con las señales mas patéticas, y con las demostraciones mas tiernas de humildad y arrepentimiento el desórden y licencia en que habia vivido en sus primeros años, y su conversion en el viage de Jerusalem que habia principiado con distinto designio. „Mas la bondad divina, continuó, conducia por la mano á esta ciega pecadora; y la Reina de las vírgenes, á quien yo habia imitado tan mal, se dignó de interceder por mí para con su Hijo. Pasé por inspiracion suya el Jordán, despues de haberme fortalecido antes con el Viático saludable del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Iglesia de San Juan Bautista, á orillas del rio. Penetré luego á unas soledades tan desiertas y abandonadas, que desde que aquí vivo, no he visto criatura viviente, ni aun un bruto. ¿De qué te alimentaste pues, preguntó Zósimo? Con tres panes que traje tuve bastante para muchos años: despues de lo cual me alimenté con yerbas de estos desiertos. Preguntóla otra vez Zósimo, si la habia costado muchos esfuerzos la perseverancia, y si habia padecido crueles tentaciones. ¡Ah! Zósimo, respondió, lo que me preguntás me hace todavía temblar. Mis pasiones, como otras tantas bestias feroces, me atormentaron tantos años como habia pasado en satisfacerlas. Sentí por espacio de diez y siete años completos mi seno devorado por todo el ardor de las llamas impuras. Gustaba tambien yo del vino, y muchas veces me hallé sin una gota de agua en la últi-

ma estremidad de la sed. Cayéronse por fin mis vestidos hechos pedazos, y padeci alternativamente el frio y el calor; de modo que muchas veces me quedé desmayada semejando á una muerta y sin movimiento alguno. Uniendo los demonios sus furores á otros muchos ataques me rodeaban como leones que respiran sangre y muerte, y al punto me sentia atrózmemente tentada: entonces me heria el pecho, y postrándome en tierra vertia un rio de lágrimas invocando á la mas pura de las vírgenes, mi protectora, que siempre me hizo triunfar de tantos enemigos."

Al oirla Zósimo citar pasages de la Escritura, la preguntó si habia estudiado. „No, respondió sonriéndose, nunca aprendí cosa alguna de las criaturas; pero Dios enseña á los hombres, y no necesita para esto de órganos exteriores. Por lo demás no me preguntes nada; y acerca de cuanto acabo de decir te ruego por la cruz de nuestro Redentor, que nada digas á persona alguna hasta que Dios me haya sacado de este mundo. Al año siguiente no emprendas pasar el Jordán al mismo tiempo que los demás solitarios del monasterio donde habitas; aun cuando quisieras pasarle no podrias verificarlo antes del dia de la Cena del Señor. Tráeme entonces el cuerpo y sangre de Jesucristo, que deseo vivamente recibir, y espérame sobre las orillas del rio que están al lado de la tierra habitada." Encomendóse despues de estas palabras de nuevo á sus oraciones, y huyó inmediatamente hácia los reductos mas incultos del desierto. Zósimo se arrodilló, besó la tierra que la Santa habia tocado con sus

pies, y despues tomó, alabando á Dios, el camino del monasterio, donde llegó para celebrar como sus hermanos el dia de Ramos.

Guardó un profundo y religioso silencio sobre lo que habia sabido, y esperó con impaciencia á que transcurriese el año. Mas el domingo primero de cuaresma, cuando los demás solitarios salian á pasar el Jordán, le atacó una fiebre que le recordó la profecía de la Santa, de que no podria salir del monasterio cuando lo desease. Restablecióse despues de algunos dias, y el Jueves santo llevando los sagrados misterios, partió con diligencia á las orillas del Jordán, y sentóse sobre la ribera que la santa penitente le habia señalado el año anterior. Parecíale largos los momentos: temia si por desgracia no habia acudido al tiempo prefijado, y si la Santa no habiéndole hallado se habia vuelto al desierto. Tendió los ojos por todas partes hácia las riberas del rio, y no viendo barca alguna temió que la hubiese sido imposible pasarle. Agitado estaba y lleno de estos sobresaltos, cuando compareció súbitamente María, y despues de haber hecho la señal de la cruz sobre las aguas, caminó sobre su superficie. Zósimo se inclinó delante de ella penetrado de un santo terror; mas la Santa exclamó: *¿qué haces, Sacerdote del Señor, dispensador del más sagrado de sus dones?* Rogóle que rezase el símbolo y la oracion dominical; y despues de haber comulgado, le obligó á ofrecerla que volveria al año siguiente á la cascada donde le habia hallado la primera vez. Zósimo le besó los pies, se los regó con sus lágrimas,